

EUCARISTÍA Y FAMILIA

SEBASTIÁN TALTAVULL ANGLADA
DIRECTOR DEL SECRETARIADO
DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL DE LA CEE

“Recibir el Bautismo, la Confirmación y acercarse por primera vez a la Eucaristía, son momentos decisivos no sólo para la persona que los recibe sino también para toda la familia, la cual ha de ser ayudada en su tarea educativa por la comunidad eclesial, con la participación de sus diversos miembros”¹.

I. INTRODUCCIÓN

Estas palabras de Benedicto XVI que relacionan el sacramento la Eucaristía con la familia están enmarcadas en el contexto de la Iniciación cristiana, la comunidad eclesial y la familia (cf. SCar 17-19). Su intención es hacernos ver la relación que hay entre iniciación cristiana y familia, aspectos que en la acción pastoral tienen que quedar siempre asociados. Sin embargo, el fundamento está en la relación entre Eucaristía y matrimonio, en cuanto que “la Eucaristía, sacramento de la caridad, muestra una particular relación con el amor entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio” (SCar 27), contemplando la Eucaristía como sacramento esponsal. Será importante que nos fijemos en este aspecto de la Eucaristía y reconozcamos su íntima conexión con el matrimonio cristiano, fundamento de la familia.

¹ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis* (= SCar) 19.

Por otra parte y atendiéndonos al primer aspecto, hay un hecho religioso y social innegable y al que el Papa Benedicto da un especial relieve en su carta encíclica (SCar 19). El hecho es que para muchas familias cristianas, la relación familia-eucaristía tiene que ver sólo con el hecho social de la primera comunión, lo cual impide un mayor conocimiento y vivencia de aquello que es fundamental para la vida de un cristiano. A todo ello hay que añadir que para una inmensa mayoría aún no tiene del todo claro o ni conoce lo que es la iniciación cristiana ni la integración a la comunidad eclesial. Según esta visión, la primera Eucaristía queda reducida a una celebración estrictamente familiar, que aún mantiene su influyente repercusión social.

El Papa Benedicto, en su Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, refiriéndose a la Eucaristía, insiste en subrayar la importancia de la primera Comunión, pero uniéndola siempre a un itinerario de crecimiento en la fe y de integración consciente y progresiva a la comunidad cristiana, a la Iglesia. El elemento central de esta experiencia es el encuentro personal con Cristo, el cual, aunque se dé de una forma inicial, se ha de percibir su importancia y debe quedar grabado en la memoria. Todos tenemos un grato recuerdo del día de nuestra primera comunión, especialmente si ha ido unido a una vivencia cristiana familiar. Más aún, lo retenido en los primeros años de la vida adquiere una importancia mayor por su influencia decisiva en la formación de nuestra personalidad y en la adquisición de los valores que orientarán nuestra vida.

Iría bien que unamos a esta reflexión teológico-pastoral nuestra vivencia personal con todos sus detalles, ya que Dios también se sirve de ello, con el fin de que al contemplar la familia y su relación con la Eucaristía nos ayude a ver y entender mejor el trabajo pastoral que podemos hacer en favor de ella. Además, nuestro grato recuerdo, separadas las adherencias que pueda haber, siempre nos pone en relación con un momento singular de nuestra vida en el que ha tenido lugar el encuentro con Jesús. Lo importante es que este encuentro vaya tomando progresivamente aquel cariz y fuerza propio de cada etapa de maduración en la fe. Hay formas infantiles, adolescentes, jóvenes y adultas de manifestarse y ello es un signo de su actualidad y validez en nosotros. Viéndolo así, desde nuestra propia vivencia

personal, nos ayudará a entenderlo de forma sencilla y con un lenguaje clarificador.

II. LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

No podemos ignorar los datos actuales sobre la participación de los católicos en la celebración dominical de la Eucaristía. No podemos dejar de lado la expresión demasiado oída de que las iglesias se están vaciando, ni hacer oídos sordos a la problemática de muchas comunidades que no consiguen hacer de la Eucaristía el centro de la vida cristiana. ¿Qué nos está pasando? ¿Ignorancia? ¿deserción? ¿abandono? ¿crisis? ¿falta de fe? ¿apostasía silenciosa...? Podrían ser estas unas palabras que nos indicaran algo de lo que está sucediendo en relación no sólo con la Eucaristía, sino con el hecho cristiano. En nuestra sociedad secularizada hay que decidirse por el primer anuncio en muchos ambientes. La respuesta la tenemos todos los bautizados. La Palabra de Dios nos urge a darla: Y, ¿cómo van a creer, si no han oído hablar de Él? Y, ¿cómo van a oír, si nadie les anuncia el mensaje? Y, ¿cómo van a anunciarlo, si no hay quién los envíe? Qué hermosa es la llegada de los que anuncian el Evangelio (cf. Rm 10,14-15). Llegar a invocar al Señor y acoger la salvación es el resultado de todo este proceso de anuncio que ha de ser posible. Ésta es la exigencia misionera inherente al seguimiento de Jesús y a nuestra pertenencia a la Iglesia. La familia es uno de los ámbitos más idóneos para que esto se haga realidad.

1. *Odres nuevos para un vino nuevo*

El Espíritu del Señor habla constantemente. Quizá, juntos en actitud orante, hemos de escuchar de Él la invitación a una nueva forma de estar en esta sociedad y descubrir que tiene que ser consecuencia de una nueva forma de ser más coherente con la fe recibida. Quizá esta fe recibida tiene que gozar de una aceptación más libre, más gozosa y más encarnada en la realidad pluri-religiosa y multicultural que vivimos. Quizá, nos esté pidiendo una nueva forma de ser parecida a la del vino nuevo

que sólo mantendrá su identidad original si acepta ser contenido, como dice Jesús, en odres nuevos. Descubrir el lugar que Dios quiere que los cristianos ocupemos en la sociedad de hoy no ha de ser algo extraño ni tampoco ha de significar una renuncia de lo que ya somos por el Bautismo. La llamada a la nueva evangelización que desde hace años nos va llegando, propone una valiente apuesta para hacernos presentes como Jesús lo hizo: encarnándose en un tipo de ambiente que, aunque religioso, no le fue favorable.

En el fondo, se trata de la “verdad” de nuestra vida y, en especial de nuestras familias cristianas. Los relatos pascales y todos los que en el Evangelio están relacionados con la Eucaristía hablan de presencia en una realidad humana que necesita descubrir la verdad. Ya sabemos que Jesús se ha definido como tal, pero hay una profunda aspiración en el corazón humano que busca ser saciada. ¿Qué hay detrás de la multiplicación de los panes? ¿A dónde quiere llevarnos Jesús mediante la acogida, el acompañamiento, la conversación, el signo de la fracción del pan? Se hace presente con tonos humanos y lo hace desvelando aquello de inhumano que necesita ser salvado; éste es el motivo por el cual se acerca a las personas y les habla al corazón, con el fin de dar respuesta a su hambre y sed.

De igual forma, manifiesta su interés no sólo por atender a cada uno en su individualidad, sino que los acoge como grupo creando y reforzando entre ellos fuertes vínculos de amistad: “a vosotros os llamo amigos...” (Jn 15,15). El encuentro con Cristo en la Eucaristía adquiere este tono entrañable que los cristianos hemos de valorar e impulsar siempre para que nuestro testimonio resulte creíble a cuantos nos observan y queden interpelados. Pero, ¿cuándo puede empezar esta interpelación? Por ser una acción de Espíritu Santo, el encuentro con Cristo en la Eucaristía origina de por sí una relación interpersonal y una transformación interior por la gracia en cada uno de nosotros. Si lo vivimos con un mínimo de conciencia y sentido de familia, nuestra forma de apreciar la realidad y de situarnos ante ella aparecerá de otra manera, con más transparencia, con más capacidad de discernimiento. Los primeros interpelados somos nosotros, los adultos, pero, gracias al testimonio que podemos dar, puede interpelar a todos, desde los más pequeños a los más mayores, creyentes y no creyentes.

2. La verdad del amor la aprendemos en la Eucaristía

En esta búsqueda de la verdad de nuestra vida, dice Benedicto XVI, “Cristo se convierte para nosotros en alimento de la verdad” (SCar 2). ¿Qué es esta verdad que aprendemos en el sacramento de la Eucaristía? Él mismo da la respuesta: “Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo hombre”. Relacionar la Eucaristía con la comunidad familiar a partir de la verdad del amor, que es la misma esencia de Dios, nos abre a la dimensión fundamental de la vocación cristiana del matrimonio y de la familia cuando decide hacer de su comunidad de vida y de amor un sacramento, un signo visible del Dios que es Amor.

La familia, pues, aparece como pequeña Iglesia doméstica, como espacio físico y como realidad espiritual capaz de acoger a Dios que es todo amor y transmitirlo en forma de vida, como aquello de más valor que llama a ser participado. Benedicto XVI lo dice explícitamente: “La familia -iglesia doméstica- es un ámbito primario de la vida de la Iglesia, especialmente por el papel decisivo respecto a la educación cristiana de los hijos. En este contexto, el Sínodo ha recomendado también destacar la misión singular de la mujer en la familia y en la sociedad, una misión que debe ser defendida, salvaguardada y promovida. Ser esposa y madre es una realidad imprescindible que nunca debe ser menospreciada”². Esta convicción nos llevará a la del insustituible testimonio de los padres.

La verdad del amor aprendida y vivida en la Eucaristía mediante el encuentro con Cristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6), es para la familia, pequeña Iglesia doméstica, la fuerza de su más íntima comunión. En la carta encíclica *Deus caritas est*, partiendo de la imagen de Dios presente en la Biblia, se pone de manifiesto como “el matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano”³. Sin embargo,

² SCar 27; cf. LG 11; *Propositio* 8; JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*.

³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (=DCE) 11.

-añadirá- la originalidad del Nuevo Testamento es la figura misma de Cristo que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito, que llega al extremo de la cruz, a la entrega total para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. La verdad “Dios es amor” (1Jn 4,8) sólo puede ser contemplada desde la cruz y a partir de ahí definir qué es el amor. Desde esta mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar. El matrimonio y la familia encuentran, de esta forma, su implicación en este acto de entrega por amor que Jesús ha perpetuado mediante la institución de la Eucaristía durante la última cena; una implicación que no sólo nace de la dinámica de su entrega y que nos une sacramentalmente a su persona, sino que por su carácter social nos relaciona de una forma nueva a todos los que comulgan, hasta el punto de que una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma.

Fijándonos en la vocación y misión de la familia como comunidad de vida y amor, podemos sacar muchas conclusiones de la contemplación de esta verdad que dimana de la Eucaristía, que se centra en el amor y, citando las primeras palabras de la encíclica *Deus caritas est* referidas al encuentro con Cristo, “da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

3. *El insustituible testimonio de los padres*

El salmo 78,3-7 recoge la vivencia familiar imperada por el amor que se regala y por la buena noticia que se transmite:

Lo que hemos oído y aprendido,
lo que nos contaron nuestros padres,
no lo esconderemos a nuestros hijos,
y ellos lo contarán a las generaciones venideras:
son las gestas gloriosas del Señor, su poder y sus prodigios.
Él mando a nuestros padres que las enseñaran a sus hijos
para que lo pudiera conocer la generación venidera
y de hijos a nietos pasaran la noticia;
para que éstos pusieran en Dios su confianza,
no olvidasen las gestas de Dios
y guardasen sus mandatos.

Ciertamente, la historia de los padres es enseñanza y ejemplo para los hijos. Y todo ello, comunicación de la verdad que han aprendido y viven. Estamos ante un reto educativo importante: el de la transmisión y educación de la fe de los hijos. Por el hecho de que esta acción pueda realizarse en un ambiente familiar impregnado de amor y de respeto, es evidente que deja en los hijos una huella decisiva que puede marcar toda la vida. Ésta es la tarea del sembrador que esparce la semilla y pone toda la confianza en quién la hace crecer, como dice Jesús en el Evangelio. Así, los matrimonios cristianos profundizan su fe y la transmiten a sus hijos y al resto de la familia mediante la palabra y el ejemplo de su vida, siempre en un clima de diálogo y de oración. Toda la vida familiar puede convertirse en signo del amor de Dios hecho vida y experiencia desde los aspectos más sencillos de cada día hasta los más extraordinarios.

El testimonio de vida cristiana, ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto de cariño y el respeto materno y paterno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto que esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida. Este despertar religioso infantil en el ambiente familiar tiene, por ello, un carácter *insustituible*⁴.

Por ello, es tan importante la comprensión de los signos que hacemos, el sentido de las palabras que pronunciamos, la capacidad de escucha que experimentamos, el gozo por lo que celebramos, el compromiso que adquirimos, el testimonio que damos, etc. Todo habla de nuestra relación con Cristo y de la existencia de un grupo de cristianos que van afianzando sus lazos de amistad con Él y con los demás. Esta vivencia que puede ser muy frecuente en el tiempo nos da razón de nuestra apertura al misterio, a Dios, y, al mismo tiempo, de cómo Dios entra en nuestra vida. Me parece muy expresivo este comentario de Bruno Forte refiriéndose a los sacramentos:

En la liturgia de los sacramentos la gracia se hace presente en la actualidad del hombre como participación y garantía de la

⁴ CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* 226.

eternidad divina. Nutrido con la riqueza del misterio celebrado en los signos humildes de nuestra historia, el creyente vive su existencia en una tensión comprometida y gozosa, entre el don de Dios ya recibido y la promesa todavía no totalmente realizada. La alegría del cielo se asoma en la liturgia a la tierra y las esperanzas y las lágrimas de la vicisitud humana entran en el corazón de Dios⁵.

Llegar a captar la fuerza y la dimensión trascendente de este intercambio será el objetivo a conseguir por todo aquel que se adhiere por la fe a Jesucristo y se abre al misterio de su encuentro. En este sentido, cuando una familia se propone vivir la dimensión celebrativa de su fe, toda ella es ya una interpelación, una llamada. Cada uno de sus miembros, desde los mayores hasta los más jóvenes, puede entrar en este nuevo dinamismo espiritual que orienta su vida de una forma decisiva. No es de extrañar que, precisamente por esta experiencia, el descubrimiento de la vocación cristiana aparezca en cualquier momento de la vida y se exprese con las formas propias de cada edad. Tampoco ha de resultar extraño que la vocación al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada tenga en la experiencia cristiana familiar su primera fuente y cobijo.

III. FAMILIA Y PRIMERA COMUNIÓN, UNA OPORTUNIDAD PASTORAL PRIVILEGIADA

¿Recordamos “la” primera comunión o el “día de la” primera comunión? La vivencia personal de este acontecimiento cristiano suele estar guardada en lo más íntimo del corazón. No nos cuesta entender que Dios, de alguna manera, se ha hecho presente en nuestra vida. Y es que la primera comunión es mucho más que un hecho social (como muchos lo califican). Es bueno que en este momento de la reflexión sobre la relación entre Eucaristía y familia sepamos hacer, desde la memoria agradecida, una lectura creyente de aquel acontecimiento que tuvo lugar los primeros años de nuestra vida y que sigue siendo un punto de referencia, en algunos aspectos, entrañable para nuestra

⁵ BRUNO FORTE, *Introducción a los sacramentos* (Madrid 1996) 31.

existencia cristiana. Un acontecimiento singular, para muchos único, para todos muy significativo, un acontecimiento ligado a nuestro crecimiento en la fe y muy relacionado con el ambiente familiar.

1. *El papel decisivo de los padres y de la familia*

La verdad sea dicha, seguramente hay experiencias de todo tipo y, sin embargo, muchas de ellas con un denominador común: el encuentro personal con Jesucristo, de quien hemos sabido decir: “mi” mejor amigo, cuantas veces nos hemos referido a Él. En todo ello, vemos como los padres intervienen no sólo con su presencia, sino también muchos de ellos con su compromiso. Éste es más frecuente cuando los padres han aceptado acompañar de cerca el proceso de la iniciación cristiana de sus hijos, no sólo en casa desde el nacimiento y el bautismo, sino cuando los han acercado a la parroquia y han aceptado avanzar en su propia formación. Para ser concretos y fijarnos en el sacramento de la Eucaristía, el hecho de la “primera comunión” es, quizá, uno de los acontecimientos “familiares” que la inmensa mayoría de padres se implican y preparan con interés. ¿En qué se implican y por qué?

Nuestra respuesta se basa en la experiencia. Como párroco y responsable de la catequesis parroquial, siempre he pensado que el hecho de la primera comunión, con todas las ambigüedades que contiene, es una de las mejores oportunidades pastorales de las que disponemos para acoger a las familias y ayudar a caminar en cristiano, incluso a inaugurar su inicio, tanto para los adultos como para los más pequeños. Nadie nos ahorra, sin embargo, tener que pasar pacientemente por la “negociación” pastoral tratando de ajustar en la celebración la demanda que los padres nos hacen y la oferta que como Iglesia debemos hacer.

Pero, ¿por qué es una buena oportunidad pastoral? Un objetivo indiscutible de toda pastoral es la acogida de las personas. Es el ejemplo Jesús. Él, como Buen Pastor, convoca, reúne, acompaña, cuida y alimenta a todas sus ovejas, sin distinción. La situación particular de cada una es importante para Él. Es la demostración de que las conoce y las sirve porque las quiere. Por eso las cuida tanto y es capaz de dar la vida por ellas. El

papa Benedicto dice que “la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos*, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (DCe 13). Es una buena oportunidad pastoral porque se puede entrar de lleno en el significado de esta entrega, porque se puede descubrir que lo más importante es el encuentro con Jesucristo, porque puede llegar a entenderse mejor la implicación personal y familiar con la Iglesia, porque se puede conocer mejor el por qué de la celebración de los sacramentos y su incidencia en la vida cotidiana.

El papel que juegan los padres y toda la familia en la comprensión del sacramento de la Eucaristía se desarrolla en un momento en que el niño o la niña están en disposición afectiva para descubrir en el amor de los padres el mismo amor de Dios hecho realidad en ellos. Éste es el motivo por el cual la influencia positiva o negativa puede llegar a ser tan decisiva. Pensémoslo desde el recuerdo de nuestra vivencia y juzguémoslo nosotros mismos.

2. Los inicios de una vocación sacerdotal o religiosa en germen

En todo el proceso de comprensión y vivencia de la primera Eucaristía y muy unido a la familia, seguramente descubriremos lo que fue este momento vivido desde el grato recuerdo que tenemos o desde la carencia de algo que no pudimos vivir y notamos a faltar. Incluso, a veces, porque quien actúa es Dios, se han podido sembrar en estos momentos, aquellas semillas de las que en el futuro nacieron vocaciones bien definidas. Si se deja acompañar y ayudar, una familia cristiana debe saber que lo que se siembra bien en la primera infancia cuenta con la confianza de un desarrollo posterior asegurado. Hay que animar al diálogo sencillo pero explícito de los padres que rezan y ayudan a rezar, que hablan con Jesús y ayudan a hablar con él, que son amables referentes de unos valores evangélicos que se promueven y viven en familia. No hay duda alguna que esta acción educativa y testimonial da ya y dará su fruto en el momento oportuno. La iniciación cristiana y especialmente el acontecimiento celebrativo de la primera comunión, es un tiempo privilegiado para ello. A los padres y a las familias hay que ayudarles a asegurar estos «inicios» ofreciéndoles todas las

oportunidades de encuentro, de formación e incremento de su madurez cristiana.

Las palabras de Benedicto XVI, a las que ya he aludido, son una invitación a hacerlo realidad: “Quisiera subrayar aquí -dice el Papa- la importancia de la primera Comunión. Para tantos fieles este día queda grabado en la memoria con razón como el primer momento en que, aunque de modo todavía inicial, se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús. La pastoral parroquial debe valorar adecuadamente esta ocasión tan significativa” (SCar 19).

Para que el encuentro con Jesús realmente se dé en toda su dimensión personal y como fuente de fraternidad y de solidaridad, conviene señalar tres aspectos fundamentales en los que la vida de los padres y la dimensión social de las relaciones humanas toman toda su fuerza y se hacen testimonio para los más pequeños y para todos: el primero, es el clima familiar impregnado por el amor de los esposos; el segundo, la participación de los padres y de toda la familia en la vida eclesial en su totalidad y, el tercero, el compromiso misionero de llevar el amor de Cristo a la sociedad.

Esta triple dimensión familiar, conyugal y social, aporta a los hijos y a toda la vida de familia el verdadero tesoro que contiene la misión recibida y para lo cual, como matrimonio, se han comprometido ante Dios y ante la sociedad, a ser signos vivos y visibles de un don recibido y que están llamados a compartir, el amor del mismo Dios manifestado en Jesús y hecho realidad en su vida por la acción vivificadora del Espíritu Santo. Es decir, llamados a ser iconos del amor de Dios por el encuentro con Jesucristo.

3. El amor de los esposos, punto de partida insustituible

La primera parte de la encíclica *Deus caritas est* dice que “el amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quienes somos nosotros” (DCe 2). En el desarrollo de este pensamiento que trata de colocar el amor en el lugar que le corresponde huyendo de acepciones totalmente diferentes, “destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el

alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor”.

En cristianismo, aún suponiéndolo y valorándolo, entiende el amor (*eros*) de una manera nueva (*ágape*) y “expresa la experiencia del amor que ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse el otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún lo busca” (n. 6).

Realmente lo que se vive se transmite. El amor de los esposos vivido desde esta peculiaridad cristiana contagia una manera de ser que impregna de novedad el ambiente familiar. Lo perciben los hijos y se benefician de ello. ¿Qué pasos hay que dar para ir desde esta vivencia matrimonial a la vivencia eucarística? Dice Benedicto XVI que “la Eucaristía corrobora de manera inagotable la unidad y el amor indisoluble de cada matrimonio cristiano. En él, por medio del sacramento, el vínculo conyugal se encuentra intrínsecamente ligado a la unidad eucarística entre Cristo esposo y la Iglesia esposa (cf. Ef 5,31-32). El consentimiento recíproco que marido y mujer se dan en Cristo, y que los constituye en comunidad de vida y amor, tiene también una dimensión eucarística” (SCar 27). Por ser central en esta reflexión, este aspecto referido al sacramento del matrimonio en su relación con la Eucaristía aparece más adelante.

4. *La participación en la vida eclesial en su totalidad*

No tendría ningún sentido que la vida cristiana de una familia quedara agotada en su hogar familiar. La dimensión eucarística del vínculo conyugal trasciende la propia pareja humana formada por el hombre y la mujer, y su realidad de pequeña Iglesia doméstica encuentra su plena realización en la vida de la comunidad eclesial. Éste es el segundo paso del que especialmente habla Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis* cuando dice que “es preciso persuadir a los fieles de que no puede haber una *actuosa participatio* en los santos misterios si no se toma al mismo tiempo parte activa en la vida eclesial en su to-

talidad” (SCar 55). La sensación que muchos cristianos tienen sobre su cristianismo y la percepción que desde fuera se tiene de ellos es, con frecuencia, de fragmentación y de dispersión. Ésta es la razón por la cual no se crece con una fe equilibrada y con una vida coherente con esta fe. Se vive de momentos puntuales, de celebraciones fuera de contexto eclesial, de impresiones muy superficiales sobre la vida cristiana, etc. ¿Puede tener sentido la Eucaristía cuando no se celebra o se entiende como un añadido o una de tantas actividades que uno puede realizar yuxtapuesta a muchas otras vividas sin orden de prioridad ni reconociéndole su fundamental importancia?

Sólo la integración progresiva en la vida de la Iglesia en su totalidad y su participación, como quien va tomando conciencia de que es parte activa de una familia en la que sus miembros conviven, se relacionan y se quieren, hará posible la convicción sobre la necesidad de encontrarse con la fuente que es el origen y el sentido de su existir.

5. La dimensión misionera de la familia, nueva presencia en la sociedad

En nuestra diócesis, a la hora de presentar el objetivo pastoral general de “promover acciones evangelizadoras en los ámbitos de la familia, la juventud y la enseñanza”, se sugirió esta acción pastoral: “establecer una pastoral familiar que, impulsando la vocación y misión de los laicos en este campo, favorezca la presencia de la familia cristiana en la sociedad”. Y, en el mismo sentido misionero, “promover acciones de anuncio explícito de la persona de Jesús a los adolescentes y jóvenes y acompañarlos en su proceso de maduración en la fe” y “potenciar la atención pastoral a los educadores cristianos y la orientación evangelizadora de su trabajo”.

Este planteamiento, como tantos otros que aparecen en los planes pastorales, no tendría razón de ser si no partiera de un verdadero ardor misionero asumido por cada cristiano como fruto de su participación en la vocación misionera de la Iglesia. El compromiso misionero, dice el Papa, “debe llevar el amor de Cristo a la sociedad” (SCar 55). Ésta es la misión de la familia cristiana en su decisión de ser presencia evangélica y agente de

transformación de la realidad de las personas y de la sociedad según el Evangelio.

Es un signo inequívoco de madurez cristiana y familiar que una familia en su conjunto y en cada uno de los miembros que la forman se tenga la conciencia de enviados por la Iglesia en el nombre del Señor. Es una dimensión fundamental de todo sacramento y también del matrimonio a partir del cual y por el don recibido ejerce un verdadero ministerio. Con ello, se realiza el encargo de Jesús: “Id a todos los pueblos y anunciad el Evangelio...” (Mt 28,20). Un encargo que empieza por la propia familia que lleva los hijos a Jesús y se abre a darlo a conocer. Teniendo todo esto presente y contando con la participación de los padres en el proceso de Iniciación cristiana de sus hijos y asumiendo su propia formación permanente, incluso en caso de contar con una buena preparación, la celebración de la primera comunión deja de ser un acto aislado, una celebración fuera del contexto comunitario, y pasa a ser un momento privilegiado e importante en el proceso de maduración de la fe en el que toda la comunidad cristiana está presente. Más aún, es el inicio de una vida cristiana que necesitará alimentarse constantemente del Pan de vida y de la Palabra de Dios. Todo adquiere un tono completamente nuevo cuando los más pequeños viven el acompañamiento familiar y cristiano de sus padres en plena corresponsabilidad con la comunidad parroquial que tiene la misión de la Iniciación cristiana.

IV. INICIACIÓN CRISTIANA, EUCARISTIA Y FAMILIA

1. *Eucaristía y Matrimonio*

Empecemos por el principio. Todo lo que podamos decir sobre la iniciación cristiana ha de contar con un fundamento, igualmente sacramental. La vivencia eucarística de la familia en su conjunto y de cada uno de sus miembros empieza por la de los cónyuges y está íntimamente relacionada con la vivencia sacramental del matrimonio. En nuestras reuniones con grupos de espiritualidad matrimonial nos hemos preguntado con frecuencia: ¿Dios tiene cabida en nuestra vida de pareja y en nuestra casa? ¿Contamos con Él y le permitimos que cuente

con nosotros? ¿Cómo vivimos la gracia del sacramento del matrimonio? ¿Qué repercusión tiene en nuestra relación y comportamiento?

a) Eucaristía: sacrificio de la Nueva Alianza, y matrimonio: alianza conyugal.

Profundizar la relación entre la Eucaristía y el matrimonio, en palabras de Juan Pablo II⁶, es del todo necesario, si se quiere comprender y vivir con mayor intensidad la gracia y las responsabilidades del matrimonio y de la familia cristiana. En este mismo texto, citado por Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis*, afirma que la Eucaristía es la fuente misma del Matrimonio cristiano por el hecho de que “el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuanto sellada con la sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la nueva y eterna Alianza, los cónyuges cristianos encuentra la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal”.

Más aún, “en cuanto representación del sacrificio del amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad la familia cristiana halla el fundamento y el alma de su comunión y de su misión, ya que el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia”.

La familia, análogamente entendida y a partir de la alianza conyugal de los esposos, aparece como una concreción de la realidad trinitaria. En el matrimonio, la paternidad y la maternidad humanas encuentran su fundamento en Dios mismo. Y en la Eucaristía, dirá Benedicto XVI

se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. Ef 1,10; 3,8-11). En ella, el *Dios Trinidad*, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la Cena pascual (cf. Lc 22,14-20; 1 Co 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma de sacramento. Dios es comunión perfecta de

⁶ JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* 57.

amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo [...] Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf. Jn 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina (SCar 8)

Un aspecto importante a destacar. La familia es el único ámbito social en el que se expresa aquella doble realidad que se da eternamente en Dios: la paternidad y la filiación. De ahí, la plena integración de la familia en el misterio del Dios Amor, cuya proyección en la realidad personal y social alcanzará el sentido de su máxima identidad y misión a través del testimonio. Tanto el matrimonio, como el conjunto de la familia desde donde se proyecta su actuación, encuentran en la participación de la Eucaristía su identidad como miembros particulares y como comunidad familiar. Así se entiende mejor que a la familia se la haya llamado con toda propiedad pequeña Iglesia doméstica. A la luz de esta realidad, escuchamos la exhortación del Sucesor de Pedro al referirse a la relación entre la Eucaristía y los fieles laicos:

Han de cultivar el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad. Animo de modo particular a las *familias* para que este Sacramento sea fuente de fuerza e inspiración. El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa se revelan como ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido. (Scar 79)

b) El gozo de conocer qué significa “ser signo visible del Dios Amor”.

En los años que corresponden a la Iniciación cristiana de los niños se ha dado el caso de padres que han descubierto la dimensión sacramental de su matrimonio y, con sinceridad, han lamentado no haber sido conscientes de ello en su momento y tardar tiempo en dar con esta ocasión para su conocimiento y profundización. La oportunidad ha sido el hecho de inscribir y acompañar a sus hijos en el momento de su iniciación cristiana.

Esta experiencia, como otras parecidas en las que los padres han valorado su propia formación cristiana, me ha hecho pen-

sar en el enorme trabajo que se nos presenta cuando estamos ante tanta “demanda sacramental” que sólo roza la periferia de nuestras parroquias y nos está pidiendo tiempo, acogida, atención y comprensión a la diversidad de personas y las situaciones que viven, tantas veces muy lejanas de nuestros planteamientos pastorales. Implícitamente nos están pidiendo que les “propongamos” quizá algo distinto de lo que piden. Esta realidad nos remite a la preparación y celebración del sacramento del matrimonio, momento en el que hay que profundizar todos los aspectos que unen vida y celebración, al mismo tiempo que se plantea con toda claridad la responsabilidad de la transmisión y educación de la fe. Habrá que aprender del mismo Evangelio, favoreciendo su conocimiento y contacto frecuente.

Fijémonos en Jesús. La pedagogía que utiliza con la mujer samaritana en el pozo de Jacob hablándole de “otra agua” ¿acaso no es el paradigma para un nuevo planteamiento pastoral que dé prioridad y suma importancia a la acogida de las familias cuando se acercan a la parroquia? Jesús parte del agua material que ella ha venido a buscar. Veamos en ella todas las demandas posibles. Le acoge, le hace caso, le escucha pacientemente... Pero llega el momento decisivo en el que le dice: “Si conocieras el don de Dios y quien es el que te pide de beber, sin duda que tu misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva” (Jn 4,10).

c) De la mesa familiar a la mesa eucarística: una pedagogía necesaria.

El coloquio pastoral realizado con una pedagogía llena de paciencia y ternura ha de conducir a descubrir muchos aspectos de la fe cristiana antes ignorados. Llegar a la comprensión de la Eucaristía y hacerlo desde la vida familiar necesitará de la recuperación para la propia vida del alcance y contenido del sacramento del matrimonio. La contemplación del trayecto que va de la mesa familiar a la mesa eucarística nos introduce en el clima que hace posible su comprensión. Unos padres que cuidan con esmero el que la comunidad familiar se encuentre en momentos significativos del día o de la semana, tendrán más fácil dar a entender la necesidad que tienen de no cerrarse entre las cuatro paredes de su casa de abrirse a la necesidad de compartir la fe con los demás. Será entonces cuando, siguiendo la pro-

puesta de Jesús “haced esto en conmemoración mía” les llevará a la comunidad eucarística.

Benedicto XVI, dice que “con el mandato ‘Haced esto en conmemoración mía’ (cf. Lc 22,19; 1 Co 11,25), nos pide responder a su don y representarlo sacramentalmente. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús, nos implicamos en la dinámica de su entrega” (SCar 11). De la misma manera, nuestra forma de entregarnos por amor da noticia de que es posible unir nuestra vida a la de Jesús y, juntos, darla a los demás. El Papa añadirá que “Él nos atrae hacia sí”.

Puede llegar el momento en el que, como la samaritana, por el testimonio recibido, tanto los padres y en consecuencia los hijos experimenten esta atracción hacia Jesús y digan: “¡Señor, dame esa agua!” (Jn 4,15). En este momento, se ha dado un paso importante en la calidad del encuentro con Cristo, quizá un paso decisivo. Es, por ello, un deber de la Iglesia suscitar esta atracción. Más aún, para entender bien el significado de ese agua que Cristo puede darle hará falta que la vida esté en total consonancia con ella. La coherencia entre el sacramento del matrimonio y la Eucaristía encuentra su buena raíz en el amor vivido en su dimensión personal y testimonial. La unidad de vida que proporciona tanto un sacramento como otro tiene su fundamento en la vivencia madura del amor, en la fidelidad. Así, se genera una mística que da consistencia al amor matrimonial, el cual, aunque pase por momentos de debilidad y dificultad, sabe donde está la fuente para rehacerse constantemente.

Llegar a entender y vivir la Eucaristía como momento privilegiado de encuentro con Cristo pide un proceso de preparación y de vivencia que sólo encuentra su razón de ser en la misma vida. Dice Benedicto XVI que “la misión primera y fundamental que recibimos de los santos misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida” (SCar 85). También la Eucaristía es un momento de fidelidad, la fidelidad de Dios manifestada en la persona de Jesús que nos convoca, nos habla, nos sienta a la mesa y se da como alimento, y nuestra fidelidad, como correspondencia a su donación por amor. Un ambiente de familia vivido desde la fidelidad matrimonial, desde un amor de entrega total, es la máxima garantía.

He conocido familias que, en la organización semanal de sus horarios y actividades, y formación cristiana, dedican un tiempo a la oración en familia, a comentar acontecimientos de la sociedad y de la misma familia y tratar de buscar aquella luz que la Palabra de Dios del domingo les puede aportar. Lo hacen de una forma muy sencilla, leyendo el Evangelio, adaptándolo al lenguaje de los más pequeños, preguntando, comentando, sacando conclusiones y llevándolo a la Eucaristía junto con los otros creyentes que acuden en familia o solos. No sólo los hijos más mayores, sino que incluso algún pequeño, han sabido comentar a sus padres durante la Eucaristía dominical que ya conocía algo de lo que se estaba diciendo porque lo había aprendido en casa. Los padres, lo comentan con gozo.

2. La familia, primera responsable de la transmisión de la fe

El papa Benedicto desea llamar la atención de modo especial sobre la relación que hay entre iniciación cristiana y familia (cf. SCar 19). Con ello, va más allá del hecho de la “primera comunión”. Con ello no sólo no le resta importancia, sino que quiere ayudar a situarla en el lugar que le corresponde. La relación de la Eucaristía con la familia va mucho más allá de la estricta preparación de un sacramento.

De hecho, hemos de tener presente que es precisamente en la Eucaristía donde la Iniciación cristiana encuentra su punto culminante. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía, con toda la comunidad, en el sacrificio del Señor” (CCE 1322). Con estas palabras tan concisas y claras los sacramentos de la Iniciación quedan situados dentro de un itinerario que tiene que ser acompañado por la Iglesia y, en su nombre, aquellos que han asumido la responsabilidad de hacerlo. La familia ocupa el primer lugar y es el principal acompañante para conducir hasta la participación de la Eucaristía con toda la comunidad.

La familia es la protagonista de la transmisión de la fe, su función ha sido decisiva para el acceso a la fe de muchas generaciones que nos han precedido. Hay que destacar de una forma especial, y sin dejar de lado la función paterna que habrá

podido darse en total consonancia, el papel de la madre por su proximidad física, espiritual y educativa respecto a los hijos, proximidad que se explica por el mayor tiempo de presencia en casa, aspecto que como tantos otros resulta decisivo para muchas influencias necesarias en la educación.

En su Carta pastoral conjunta, los obispos de Cataluña dicen que “la familia, como transmisora de vida, es el lugar conatural para la educación de las grandes virtudes humanas y cristianas que hacen posible que el Evangelio llegue a ser camino de vida. Para muchos de nosotros, los padres y la propia familia han sido los primeros y más fuertes evangelizadores. Es importante que los niños descubran que Dios cuenta para ellos. El despertar a la fe tiene sus raíces en la vida de fe de los padres. Esta es la misión propia de la familia”⁷. Como aspecto concreto y que tendrá una fuerte influencia en la manera de iniciar, celebrar y vivir la Eucaristía, se señala no sólo una catequesis adecuada, sino que en ella intervengan los padres de una forma directa y corresponsable.

Con razón se ha dicho y lo hemos experimentado infinidad de veces en nuestra pastoral parroquial, que la experiencia de la catequesis familiar da un tono completamente nuevo a la iniciación cristiana porque interviene directamente toda la familia. Una familia que es constante en la Eucaristía y participa de forma activa, primero en su preparación en casa y luego en la celebración, es agente de aquella socialización de la fe que, en otras circunstancias, no sería posible.

La dificultad aparece cuando Dios no cuenta para los padres ni nunca se le invoca, cuando ya no se reza en familia, cuando se ha borrado de casa todo signo religioso, material o gestual, cuando las fiestas y los acontecimientos familiares son vividos al margen de toda referencia religiosa y cristiana. Entonces, la iniciación no tiene efecto, aunque se den, por razones de costumbre social, momentos puntales celebrativos a los que se les concede un interés no a lo fundamental sino a detalles que no pasan de ser secundarios.

⁷ OBISPOS DE CATALUÑA, Carta pastoral *Al servicio del anuncio de la fe*.

3. *La familia en el itinerario de iniciación cristiana*

Benedicto XVI dice que “en la acción pastoral se tiene que asociar siempre la familia cristiana al itinerario de iniciación” (SCar 19). Se hace muy difícil pensar un itinerario de iniciación cristiana al margen de la familia, ya que resulta impensable que la fe cristiana sea transmitida si no cuenta con el clima necesario para su nacimiento y desarrollo.

La iniciación cristiana es un don de Dios y una acción de la Iglesia que se dan conjuntamente y pueden encontrar su confluencia en la familia cristiana, pequeña Iglesia doméstica, cuya misión es un “verdadero ministerio” por medio del cual se irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de la familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo⁸.

Cuando el Sucesor de Pedro habla de que hay que asociar siempre la familia cristiana al itinerario de Iniciación y tratamos de hacerlo en la acción pastoral de nuestras comunidades parroquiales, nos encontramos con una realidad plural y en la mayoría de los casos no sólo “lejana” sino incluso “extraña” a lo que anunciamos como creyentes. Ya que se trata del anuncio del Evangelio, “¿qué significa evangelizar –se preguntan los obispos belgas– en una época en que todos elogian el pluralismo?”. Ven que la tolerancia y el respeto de las convicciones diferentes no sólo forman parte del patrimonio de nuestras sociedades modernas, sino igualmente del de las religiones, al menos en Occidente. En este contexto, ¿qué significa aún anunciar el Evangelio? Y constatan que “no sólo experimentamos la dificultad de transmitir hoy la fe, sino que a veces tenemos la sospecha de que este anuncio no resulte inútil o insignificante”⁹.

Por todo ello, hemos de hablar de un reto pastoral que se hace llamamiento a hacer del tiempo que vivimos una incomparable oportunidad para el anuncio de la persona y el mensaje

⁸ Cf. OBISPOS ESPAÑOLES, *La Iniciación Cristiana, Reflexiones y Orientaciones*, n. 34; FC 39; cf. CC 272.

⁹ Cf. OBISPOS BELGAS, *Anunciar el Evangelio al mundo de hoy, ¿por qué y a quién?* (2003-2004) n. 4.

de Jesús. En este sentido, –dicen los obispos españoles en el documento citado sobre la Iniciación cristiana– que “es necesario ayudar eficazmente a que la comunidad familiar cristiana se renueve con la novedad del Evangelio y se vuelva cada día más a Jesucristo. La familia que transmite la fe hace posible el despertar religioso de sus hijos y lleva a cabo la responsabilidad que le corresponde en la Iniciación cristiana de sus miembros”. Siempre tendremos que hablar de los padres y de la familia como testigos de la fe cristiana. Es cierto que las circunstancias socioculturales de la familia de hoy presentan muchas dificultades a los que quieren vivirla en coherencia con su fe cristiana y convertirla en el ámbito educativo excepcional que le corresponde, pero también hay signos evidentes de que es posible conseguirlo. Hay mucha semilla de evangelio esparcida en medio del mundo, y hemos de saber descubrirla y ayudarla a que dé fruto.

En el V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia, centrado en la familia y la transmisión de la fe, hemos podido escuchar con mucha atención y con gusto el magisterio de Benedicto XVI, el cual, con un tono positivo, claro y humilde ha manifestado el pensamiento de la Iglesia. Junto con sus palabras y gestos llenos de acogida, quiero destacar de su magisterio estos párrafos:

Mi deseo es proponer el papel central, para la Iglesia y la sociedad, que tiene la familia fundada en el matrimonio. Ésta es una institución insustituible según los planes de Dios y, cuyo valor fundamental la Iglesia no puede dejar de anunciar y promover, para que sea vivido siempre con sentido de responsabilidad y alegría¹⁰.

La familia es un bien necesario para los pueblos, un fundamento indispensable para la sociedad y un gran tesoro de los esposos toda su vida. Es un bien insustituible para los hijos, que han de ser fruto del amor, de la donación total y generosa de los padres. Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como Iglesia doméstica y santuario de la vida, es una gran responsabilidad de todos. El padre y la madre se han dicho un “sí” total ante Dios, lo cual constituye la base

¹⁰ Benedicto XVI en el V Encuentro Mundial de Familias en Valencia, del discurso pronunciado en el aeropuerto de Manises (8-7-2006).

del sacramento que les une; asimismo, para que la relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan también un “sí” de aceptación a sus hijos, a los que han engendrado o adoptado, y que tienen su propia personalidad y carácter. Así, estos irán creciendo en un clima de aceptación y de amor, y es de desear que, al alcanzar una madurez suficiente quieran dar a su vez un “sí” a quienes les han dado la vida¹¹.

En el origen de todo hombre y, por tanto, en toda paternidad y maternidad humana, está presente Dios Creador. Por eso los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios, que lo ama por sí mismo y lo llama a la filiación divina. Más aún: toda generación, toda paternidad y maternidad, toda familia tiene su principio en Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo... La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos; cuando se acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre¹².

En la misma línea de profundización, tanto antes como después, son muchos los Planes y Cartas pastorales que han escogido prioritariamente los temas del matrimonio, la familia y la transmisión de la fe, y están proponiendo pautas concretas de reflexión, de oración y de actuación cristiana. Muchos de estos materiales, también con ocasión del Encuentro Mundial de las Familias se han recogido en una publicación¹³ que, como se dice en la presentación, hace ver que la familia es una realidad humana y cristiana que siempre ha contado con una atención pastoral preferente.

¹¹ *Ibid.*, del discurso pronunciado en la Vigilia de la clausura del V Encuentro Mundial de las Familias en *La Ciutat de les Arts i les Ciències* (8-VII-2006).

¹² *Ibid.*, fragmentos de la homilía en la misa de clausura del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia (9-VII-2006).

¹³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los Obispos españoles y la familia. Escritos pastorales* (Madrid 2006)

V. CONCLUSIÓN:
POR UNA FAMILIA QUE CREE, ANUNCIA,
CELEBRA Y VIVE LA PRESENCIA
Y EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR EN LA EUCARISTIA

Las palabras de Jesús “quien coma de este pan vivirá para siempre” (Jn 6,51) y “el que come vivirá por mí” (Jn 6,57), citadas por Benedicto XVI (SCar 70), le llevan a afirmar que nos permiten comprender cómo el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana.

Existencia cristiana y principio de vida nueva. Dos expresiones que pueden ser un itinerario para que la Familia descubra la Eucaristía como fuente y cima de su vida cristiana. Como pequeña Iglesia doméstica contiene todos los elementos para que la educación de la fe de todos sus miembros y en cualquier edad provenga del dinamismo sacramental que los adultos e iniciados jóvenes reciben de la Eucaristía y de los demás sacramentos para que sean fuente de una vida cristiana acorde con el Evangelio en su forma de existir.

La familia es el lugar más idóneo en el cual el testimonio de los padres y de los otros adultos puede convertirse en el más fiel reflejo del amor de Dios hecho realidad en ellos. Desde los primeros años de la vida, los más pequeños han de descubrir poco a poco aquello que los mayores viven y valoran y en este descubrimiento ir forjando su personalidad y alimentando su capacidad de apertura hacia Dios, hacia los demás, hacia su propio interior.

A veces uno puede tener la impresión de que los más pequeños, en el momento de la primera comunión, no entienden suficientemente el sentido del sacramento de la Eucaristía. Además de ayudar a entenderlo –siempre tendrá que hacerse desde la fe– quizá se trata, en primer lugar, de valorarlo como gesto extraordinario de Jesús, el que nos pone en contacto vivo con Él, el que hace posible nuestro encuentro con su misma Persona y con Dios Padre.

Hay que explicar muy bien, ya en el corazón de la relación familiar, cuál es la intención de Jesús, qué ha querido decir y hacer; explicar el signo más expresivo de su amor por nosotros manifestado en su muerte y resurrección, narrar el relato que

proviene de la vida y lleva a la vida. Explicado en el marco del ambiente familiar, forma parte de aquello que es tradición familiar, porque se ha aprendido como algo inherente a la familia, aquello sin lo cual la familia no podría vivir ni explicarse del todo.

Por ello, la vivencia compartida del sacramento del matrimonio, unida al sacramento de la Eucaristía, hace de la convivencia familiar y su dimensión social la expresión del amor que tiene su fundamento y la fuerza de su expansión en Dios que es todo Amor y cuya revelación nos ha llegado por su Hijo Jesucristo. De ahí procede la estabilidad matrimonial y familiar que se convierte en ámbito de escucha de la Palabra de Dios, en encuentro para recibir el alimento de la Eucaristía y vivir la reconciliación, la conciencia y práctica de ser Iglesia, la apertura a todos los valores auténticos, especialmente los cristianos, el diálogo, la comprensión, el perdón, la evangelización, la generosidad, la solidaridad.

La Iniciación cristiana, como don y como respuesta, tiene este cometido de hacer realidad el encuentro personal con Cristo y que encontrará su punto culminante en el sacramento de la Eucaristía. La presencia y participación activa de la familia en la comunidad cristiana, especialmente en la celebración de la Eucaristía para celebrar el Día del Señor, son ya una garantía de este encuentro que se realiza en un contexto vital en el cual Dios y el hombre entran en comunicación a través de la Palabra y la acción sacramental.

Toda la vida cristiana puede adquirir forma eucarística cuando desde la familia se trabaja por integrar todos los aspectos de la vida para hacer de cada uno de ellos un verdadero culto a Dios y un servicio a los demás, por amor. En la familia se aprende a amar, a compartir, a colaborar, a asumir responsabilidades a favor de todos, a ofrecerse.... Como casa y escuela de comunión, como Iglesia que es, se aprende a iniciarse en el sentido de la celebración eucarística con la comunidad cristiana. De esta forma, la Eucaristía no aparece como algo añadido a la vida sino que, para un cristiano, es la misma vida hecha ofrenda, sacrificio y acción de gracias unida a Cristo resucitado. Cuando Benedicto XVI habla de la eficacia integradora del culto eucarístico (SCar 71) dice que “la Eucaristía, al implicar la realidad humana del creyente, hace posible, día a día, la

transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29)".

Los padres, si viven el ardor de la fe, el gozo de su transmisión y se alimentan constantemente con la oración, la meditación de la Palabra, la participación en la Eucaristía y un testimonio de vida cristiana imperado por el amor, hacen posible que sus hijos sientan la atracción de y por la persona de Jesús. Hay que evitar hoy más que nunca el "vacío" de Dios. Por ello, Benedicto XVI insiste en la necesidad de vivir el domingo, día del Señor, con toda la riqueza de sus dimensiones de relación humana, de vivencia cristiana, de participación sacramental, de descanso y buen uso del tiempo libre, de espíritu festivo, de vivencia fraternal, de celebración gozosa de la radical novedad que nos ha traído Cristo.

La familia, toda ella, cuando pone la Eucaristía en el centro de su vida, aprende y experimenta todo lo que ello significa: hace propios los sentimientos de Jesús que son de amor, servicio y entrega total, haciendo que la familia encuentre su plenitud de comunión y contribuya a la civilización del amor; ayuda a nacer, acompañar y discernir la vocación de cada uno de sus miembros desde la confianza y la libertad; vive la paternidad, la maternidad y la filiación como elementos vivos de una relación humana y humanizadora que nos remite a Dios y hace sentirnos hijos suyos en el amor y ayuda a que los más pequeños lo vivan; injerta la propia fe en la centralidad del Misterio pascual de Cristo y comunica su fuerza transformadora a todos los ambientes y lugares seculares donde se desarrolla la vida de las personas y de los pueblos, e incide positivamente en la diversidad de costumbres.

Si, como dice Juan Pablo II, "el primer camino de la Iglesia es la familia" y la Eucaristía es el centro de la Iglesia y de la vida cristiana, la familia ha de conducir a la Eucaristía no sólo a todos sus miembros formando una verdadera comunidad familiar, pequeña Iglesia doméstica, sino que ha de crecer en sí misma haciéndose anuncio misionero para todos.

Desde la realidad de nuestras familias, también podemos preguntarnos con el Papa: "¿Qué tiene de extraño que deseemos vivir cada día según la novedad introducida por Cristo con el misterio de la Eucaristía?" (SCar 95) y, consecuentemente, afirmar con convicción de fe: "La Eucaristía nos hace descubrir

que Cristo muerto y resucitado se hace contemporáneo nuestro en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo. Hemos sido hechos testigos de este misterio de amor” (SCar 97).